

un castigo por un borrón,  
y un cielo azul en pugna con mi estado  
[psicológico.]

¿Revelan los versos que hemos señalado en esta estancia, un dominio pleno de la naturaleza personal? No: revelan un conocimiento de la naturaleza personal; una conciencia de lo que se tiene en sí mismo; cuando menos, significarían un intento, si no una preocupación constante, de conocerse, o, menos si se quiere, una curiosidad que lleva a prestar atención a ciertos hechos, que han sido hasta hoy indiferentes, y que son en verdad revelaciones.

Seguiremos adelante; entramos a la tercera estancia. Recordemos: los hechos que nos emocionan fuertemente, expresados sin emoción; esto es, expresión de los hechos emocionantes sin expresar la emoción personal; el poeta no nos describe su emoción, sino los hechos, los hechos que, presentados con precisión, tienen la facultad irresistible de causarla; hay como una serenidad de ánimo en el poeta.

Deberemos contemplarlo: primero, cuando se originan en motivos *externos*, propiamente externos de emoción, excluyendo nuestro cuerpo; y luego, cuando se originan en los hechos *internos*, que atañen exclusivamente al poeta y a su vida y a su desarrollo, etc., bástenos señalar que ambos aspectos son bastante distintos e interesantes; el uno contempla la naturaleza que nos rodea y que emociona a todos, el otro contempla la naturaleza que especialmente nos emociona a nosotros, o emociona especialmente al poeta, por determinados motivos; en el primero se mira hacia afuera y para un instante, mientras en el otro se mira hacia adentro y para muchísimo tiempo, nada menos que para toda la vida.

Como ejemplo de lo primero cabe citar la «Fantasía Tropical»; el paisaje del trópico está descrito, sin referirse al sol naciente ni a nada por el estilo, a una hora que indiscutiblemente es la mañana; el poeta nos habla de las vacas, de las gallinas, de los toros, de ese golpe de hacha en los campos, de todas las atracciones del trópico; pero nótese al leerlo, que el poeta nos lo desarrolla serenamente, tranquilamente, describe con «precisión», sin desviarse en consideraciones, calificaciones de colores o apreciaciones de la belleza, la energía, el ardor del sol, etcétera, los hechos que dan estas sensaciones.

Hay un poemita, «Lúbrica», que debe colocarse al principio de esta estancia; me ha hecho vacilar si corresponde a la estancia anterior, por ser un matiz subjetivo profundo, o en la

primera, por expresar algo de difícil expresión, antes de convencerme de que, por la fuerte emoción que el hecho produce, y estar descrito en la desnudez más absoluta, sin que el poeta lo afecte con apreciaciones relativas a su impresión personal, corresponde a esta estancia.

Si apartarnos de esta serie de acontecimientos *externos*, el poema que dedica al caudillo sacrificado, nos dará claro ejemplo de lo que significa un hecho descrito, desnudamente; nótese que se nos da lo que diríamos la relación pura de los hechos:

## CAYO BAEZ

La hueste devastadora se aproxima;  
cae sobre la paz impoluta de la aldea  
el bochorno de la barbarie.  
El suelo se sonroja con el esputo  
de una lengua extraña.  
El sol esquiva su faz tras de la loma.  
El paisaje enmudece.  
Las madres lloran.  
Los chicuelos huyen medrosos.  
El bosque  
abre su seno a la castidad de las vírgenes;  
los soldados las persiguen: La luz  
niega su voto a la ignominia.  
En el centro de un círculo de bayonetas  
un hombre atado y una hoguera: El Hierro  
candente provoca el chisporroteo  
de la carne humana.  
El mártir sonríe y calla: Ni siquiera  
la protesta de un nervio en contracción!

Este motivo, daría margen a un poeta para escribir, con las mil impresiones y las mil oportunidades que se ofrecen, una oda al heroico Báez, si no la epopeya. Vemos que el poeta nos lo describe ciñéndose a los hechos reales, que indefectiblemente causarían en nosotros la emoción que a él, y a todo el pueblo, causaron esos hechos; descubrimos en el poema la indignación del pueblo, el estado de espasmo de una victoria del enemigo, toda la tragedia que la libertad de Santo Domingo significó para los dominicanos, la trascendencia histórica del martirio de Báez.

Esta forma de escribir denuncia una manera de ser. La honda paz del espíritu, que nos permite la contemplación, la conciencia de las grandes cosas, por encima de nuestra materia sensitiva y cambiante, adquiere en este poema, «Egotista»,

A paso largo asciendo la colina  
con detrimento de mis zapatos  
pero no de mi espíritu;  
delante,  
aire, campo, sol;  
detrás,  
zarpazos de fango manchando la seda de mi  
deténgome: [traje;  
abajo,  
la ciudad es una mandrágora;  
allá, lejos...  
el mar es el mar;  
y aquí  
yo, soy yo.

el carácter de intimidad, de personalismo del poeta, que nos lleva a dis-

tinguir los motivos internos de emoción; la revelación del paisaje, la hora, —motivos externos— y la conciencia de la paz del alma; ¿o el fin primordial del poema es la descripción de los motivos externos, el paisaje y la hora? No; éstos son medios, los recursos, o, mejor digamos, los que dan la oportunidad; el fin del poema es la descripción de la paz del alma, la conciencia de esa gran tranquilidad; véase si no el nombre, «Egotista»; ante ese acontecimiento, el estado psicológico sería el de un desbordamiento de amor, de un optimismo infinito, de un derroche de canciones ingenuas a la felicidad que nos embriaga; el poeta, por encima de estos impulsos superiores, se muestra tranquilo, sencillamente mira hacia el paisaje, hacia la beatitud de la hora, y nos dice estas expresivas palabras, revelándonos la conciencia que de sí mismo tiene: *allá, el mar es el mar; aquí, yo soy yo.*

Observemos otro hecho interno, exclusivamente interno, aún cuando se inicia en hechos externos; observemos este poemita de dolor profundo:

Cada vez que me rompen mi velo azul  
siento un gran dolor,  
y no es el dolor de que me lo hayan roto  
sino la pena infinita  
de que me lo seguirán rompiendo siempre.

(Esto, el ay! de una herida, la amargura eterna del alma sincera, en sus más claros momentos de convicción y bonanza, la piedra que nos alcanza en el vuelo...) Basta leer estos cortos versos para que nos quede la impresión de un dolor imponderable, de un dolor moral, que abarca todo, todo lo que nos rodea, todo lo pasado, todo lo porvenir; es como una queja contra la humanidad; el poeta encuentra que no ha sentido realmente lo que se llama dolor, sino algo más, que ha elevado una protesta infinita, honda, algo como un grito conmovedor; el poemita así se llama, «Grito».

Notemos la diferencia entre este poemita de supremo dolor, y este otro que se refiere a un dolor más asequible, y que sí se llama «Dolor»:

Siento un dolor  
que no es el ansia de su sonrisa.  
Siento un dolor  
que no es la daga de su desprecio.  
Siento un dolor  
que no es la duda de mi esperanza.  
Siento un dolor  
que no es la mofa de mi caída.  
Siento un dolor,  
un gran dolor... un profundo dolor,  
el profundo dolor de haberla visto!

Notemos, al pasar, cómo el poemita nos revela una manera de ser. Mas notemos que este poema es de dolor: el poeta, y muchos, lo sentirán en sí mismos, sin consecuencias externas y sin trascendencia alguna; es algo que se anida en el corazón del poeta. En